



El mi3rcoles 6 de enero, el Santo Padre Francisco presidi3 en la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, la santa Misa con motivo de la Solemnidad de la Epifanía del Se1or, festividad que cierra el tiempo festivo de Navidad.

En un día que marca la fecha especialísima para los peque1os que reciben presentes en honor al gesto de adoraci3n de los Magos de Oriente, popularmente conocidos como 'Santos Reyes Magos', la Iglesia recuerda con regocijo el cumplimiento de la promesa de Dios de darnos a su Salvador, su amadísimo Hijo: Jes1s.

El Papa Francisco a las 10:00 am (tiempo de Roma) dio inicio a esta celebraci3n Eucarística en la que adem1s anunci3 la fecha del Día de Pascua para el 2021: 4 de Abril (Fuente:

Vaticano y SPSS).

Homilía del Santo Padre durante la Solemnidad de la Epifanía del Señor:

“El Evangelista Mateo subraya que los magos, cuando llegaron a Belén, ‘vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron’ (Mt 2,11). Adorar al Señor no es fácil, no es un hecho inmediato: exige una cierta madurez espiritual, y es el punto de llegada de un camino interior, a veces largo. La actitud de adorar a Dios no es espontánea en nosotros. Sí, el ser humano necesita adorar, pero corre el riesgo de equivocarse el objetivo. En efecto, si no adora a Dios adorará a los ídolos -no existe un punto intermedio, o Dios o los ídolos; o diciéndolo con una frase de un escritor francés: ‘Quien no adora a Dios, adora al diablo’ (Léon Bloy)-, y en vez de creyente se volverá ídolatra. Y es así (...)

En nuestra época es particularmente necesario que, tanto individual como comunitariamente, dediquemos más tiempo a la adoraci3n, aprendiendo a contemplar al Señor cada vez mejor. Se ha perdido un poco el sentido de la oraci3n de adoraci3n, debemos recuperarlo, ya sea comunitariamente como también en la propia vida espiritual. Hoy, por lo tanto, pongámonos en la escuela de los magos, para aprender de ellos algunas enseñanzas útiles: como ellos, queremos ponernos de rodillas y adorar al Señor. Adorarlo en serio, no como dijo Herodes: ‘Avísenme d3nde se encuentra para que vaya a adorarlo’. No, este tipo de adoraci3n no funciona. De verdad.

{youtube}Lp7l--7lNmg{/youtube}

[Video Vatican News](#)

De la liturgia de la Palabra de hoy entresacamos tres expresiones, que pueden ayudarnos a comprender mejor lo que significa ser adoradores del Señor. Estas expresiones son: ‘levantar la vista’, ‘ponerse en camino’ y ‘ver’. Estas tres expresiones nos ayudarán a entender qué significa ser adoradores del Señor.

La primera expresi3n, levantar la vista, nos la ofrece el profeta Isaías. A la comunidad de Jerusalén, que acababa de volver del exilio y estaba abatida a causa de tantas dificultades, el profeta les dirige este fuerte llamado: 'Levanta la vista en torno, mira' (60,4). Es una invitaci3n a dejar de lado el cansancio y las quejas, a salir de las limitaciones de una perspectiva estrecha, a liberarse de la dictadura del propio yo, siempre inclinado a replegarse sobre sí mismo y sus propias preocupaciones. Para adorar al Señor es necesario ante todo 'levantar la vista', es decir, no dejarse atrapar por los fantasmas interiores que apagan la esperanza, y no hacer de los problemas y las dificultades el centro de nuestra existencia. Eso no significa que neguemos la realidad, fingiendo o creyendo que todo está bien. No! se trata más bien de mirar de un modo nuevo los problemas y las angustias, sabiendo que el Señor conoce nuestras situaciones difciles, escucha atentamente nuestras súplicas y no es indiferente a las lágrimas que derramamos.

{AG}2021/0106misaepifa{/AG}

Esta mirada que, a pesar de las vicisitudes de la vida, permanece confiada en el Señor, genera la gratitud filial. Cuando esto sucede, el coraz3n se abre a la adoraci3n. Por el contrario, cuando fijamos la atenci3n exclusivamente en los problemas, rechazando alzar los ojos a Dios, el miedo invade el coraz3n y lo desorienta, dando lugar a la rabia, al desconcierto, a la angustia y a la depresi3n. En estas condiciones es difcिल adorar al Señor. Si esto ocurre, es necesario tener la valentía de romper el círculo de nuestras conclusiones obvias, con la conciencia de que la realidad es más grande que nuestros pensamientos. Levanta la vista en torno, mira: el Señor nos invita sobre todo a confiar en él, porque cuida realmente de todos. Por tanto, si Dios viste tan bien la hierba, que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, cunto más hará por nosotros? (cfr. Lc 12,28). Si alzamos la mirada hacia el Señor, y contemplamos la realidad a su luz, descubriremos que él no nos abandona jams: 'el Verbo se hizo carne' (Jn 1,14) y permanece siempre con nosotros, todos los días (cfr. Mt 28,20). Siempre.

Cuando elevamos los ojos a Dios, los problemas de la vida no desaparecen, no, pero sentimos que el Señor nos da la fuerza necesaria para afrontarlos. 'Levantar la vista', entonces, es el primer paso que nos dispone a la adoraci3n. Se trata de la adoraci3n del discípulo que ha descubierto en Dios una alegría nueva, una alegría distinta. La del mundo se basa en la posesi3n de bienes, en el éxito y en otras cosas por el estilo, siempre con el 'yo' al centro. La alegría del discípulo de Cristo, en cambio, tiene su fundamento en la fidelidad de Dios, cuyas promesas nunca fallan, a pesar de las situaciones de crisis en las que podamos encontrarnos. Y es ahí, entonces, que la gratitud filial y la alegría suscitan el anhelo de adorar al Señor, que es fiel y nunca nos deja solos.

La segunda expresi3n que nos puede ayudar es ponerse en camino. Levantar la vista [la primera]; la segunda: ponerse en camino. Antes de poder adorar al Niño nacido en Belén, los magos tuvieron que hacer un largo viaje. Escribe Mateo: 'Unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: '¿D3nde est3 el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo' (Mt 2,1-2). El viaje implica siempre una transformaci3n, un cambio. Despu3s del viaje ya no somos como antes. En el que ha realizado un camino siempre hay algo nuevo: sus conocimientos se han ampliado, ha visto personas y cosas nuevas, ha experimentado el fortalecimiento de su voluntad al enfrentar las dificultades y los riesgos del trayecto. No se llega a adorar al Seño3r sin pasar antes a trav3s de la maduraci3n interior que nos da el ponernos en camino.

Llegamos a ser adoradores del Seño3r mediante un camino gradual. La experiencia nos enseña, por ejemplo, que una persona con cincuenta ańos vive la adoraci3n con un esp3ritu distinto respecto a cuando tenía treinta. Quien se deja modelar por la gracia, normalmente, con el pasar del tiempo, mejora. El hombre exterior se va desmoronando -dice san Pablo-, mientras el hombre interior se renueva d3a a d3a (cf. 2 Co 4,16), prepar3ndose para adorar al Seño3r cada vez mejor. Desde este punto de vista, los fracasos, las crisis y los errores pueden ser experiencias instructivas, no es raro que sirvan para hacernos caer en la cuenta de que s3lo el Seño3r es digno de ser adorado, porque solamente É3l satisface el deseo de vida y eternidad presente en lo íntimo de cada persona. Adem3s, con el paso del tiempo, las pruebas y las fatigas de la vida -vvidas en la fe- contribuyen a purificar el coraz3n, a hacerlo m3s humilde y por tanto m3s dispuesto a abrirse a Dios. Tambi3n los pecados, tambi3n la conciencia de ser pecadores, de descubrir cosas muy feas. 'S3, pero yo hice esto... comet3...' Si aceptas esto con fe y con arrepentimiento, con contrici3n, te ayudará a crecer. Dice Pablo que todo, todo, ayuda al crecimiento espiritual, al encuentro con Jes3s; tambi3n los pecados, tambi3n. Y ańade santo Tom3s 'Etiam mortalia', a3n los pecados m3s feos, los peores. Si t3 lo afrontas con arrepentimiento, te ayudará en este viaje hacia el encuentro con el Seño3r y a adorarlo mejor.

Como los magos, tambi3n nosotros debemos dejarnos instruir por el camino de la vida, marcado por las inevitables dificultades del viaje. No permitamos que los cansancios, las caídas y los fracasos nos empujen hacia el desaliento. Por el contrario, reconoci3ndolos con humildad, nos deben servir para avanzar hacia el Seño3r Jes3s. La vida no es una demostraci3n de habilidades, sino un viaje hacia Aquel que nos ama. No tenemos que andar enseńando en cada momento de la vida nuestra credencial de virtudes. Con humildad, debemos dirigirnos hacia el Seño3r. Mirando al Seño3r, encontraremos la fuerza para seguir adelante con alegr3a renovada.

Y llegamos a la tercera expresi3n: ver. Levantar la vista, ponerse en camino, ver. El evangelista escribe: 'Entraron en la casa, vieron al nińo con Mar3a, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron' (Mt 2,11). La adoraci3n era el homenaje reservado a los soberanos, a los grandes

dignatarios. Los magos, en efecto, adoraron a Aquel que sabían que era el rey de los judíos (cfr. Mt 2,2). Pero, de hecho, ¿qué fue lo que vieron? Vieron a un niño pobre con su madre. Y sin embargo estos sabios, llegados desde países lejanos, supieron trascender aquella escena tan humilde y corriente, reconociendo en aquel Niño la presencia de un soberano. Es decir, fueron capaces de 'ver' más allá de la apariencia. Arrodillándose ante el Niño nacido en Belén, expresaron una adoración que era sobre todo interior: abrir los cofres que llevaban como regalo fue signo del ofrecimiento de sus corazones.

Para adorar al Señor es necesario 'ver' más allá del velo de lo visible, que frecuentemente se revela engañoso. Herodes y los notables de Jerusalén representan la mundanidad, perennemente esclava de la apariencia. Ven pero no saben mirar -no digo que no crean, sería demasiado- pero no saben mirar porque su capacidad es esclava de la apariencia y en busca de entretenimiento. La mundanidad sólo da valor a las cosas sensacionales, a las cosas que llaman la atención de la masa. En cambio, en los magos vemos una actitud distinta, que podríamos definir como realismo teologal -una palabra demasiado 'alta', pero podemos decir así, un realismo teologal-. Este percibe con objetividad la realidad de las cosas, llegando finalmente a la comprensión de que Dios se aparta de cualquier ostentación. El Señor está en la humildad, el Señor es como aquel niño humilde, que huye de la ostentación, que es el resultado de la mundanidad. Este modo de 'ver' que trasciende lo visible, hace que nosotros adoremos al Señor, a menudo escondido en las situaciones sencillas, en las personas humildes y marginales. Se trata pues de una mirada que, sin dejarse deslumbrar por los fuegos artificiales del exhibicionismo, busca en cada ocasión lo que no es fugaz, busca al Señor. Nosotros, por eso, como escribe el apóstol Pablo, 'no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve; en efecto, lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno' (2 Co 4,18).

Que el Señor Jesús nos haga verdaderos adoradores suyos, capaces de manifestar con la vida su designio de amor, que abraza a toda la humanidad. Pidamos para cada uno de nosotros y para toda la Iglesia la gracia de aprender a adorar, de continuar adorando, de practicar mucho esta oración de adoración, porque sólo Dios debe ser adorado."